

3
CRONICA CRIMINAL

LIBERTINA

NOVELA HISTÓRICA

(Publicada en los folletines de "La Nueva República")

POR

FRANCISCO ULLOA C.



SANTIAGO DE CHILE
IMP. "LA NUEVA REPUBLICA"
31—NATANIEL—31

1895

- 3 -
CRONICA CRIMINAL

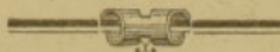
LIBERTINA

NOVELA HISTÓRICA

(Publicada en los folletines de "La Nueva República")

POR

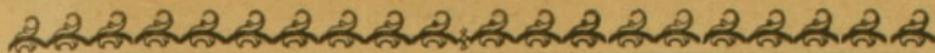
FRANCISCO ULLOA C.



SANTIAGO DE CHILE
IMP. "LA NUEVA REPUBLICA"

31—NATANIEL—31

—
1895



I

Entre las cartas que acababa de recibir, encontré la siguiente:

«Señor.....»

«Si usted desea conocer la historia de la mujer que ayer pretendió visitar al preso... sírvase dejarme en el púlpito de la capilla, en la mañana del domingo próximo, a lo ménos veinticinco pliegos de papel. I no dude usted que ese papel se destinará esclusivamente a la narracion que le haré de algunas aventuras de la célebre LIBERTINA, de quien es posible haya usted oido hablar en mas de una ocasion.

«Su affmo.

INCÓGNITO.»

II

INCÓGNITO era un presidiario, porque su carta aparecia entre las de sus compañeros de prision, que yo, en cumplimiento de los deberes del cargo que desempeñaba, debia leer ántes de ser enviadas a su destino.

En cuanto a Libertina, o sea, a la mujer a quien la carta de INCÓGNITO se referia, era verdad que habia solicitado de mí una entrevista con un preso, que no le fué concedida por no existir entre éste i ella parentesco alguno.

III

Mi curiosidad por conocer las aventuras de aquella mujer, que un presidario se permitía calificar de *célebre*, me indujo a satisfacer la exigencia de INCÓGNITO, depositando reservadamente en el lugar indicado el papel que se me pedia, prévia una señal que imprimí en cada pliego, por si era necesario recogerlo por medio de un *registro*.

Pero INCÓGNITO cumplió su compromiso, enviándome cada quince días una larga carta, que yo recibía conjuntamente con las que los presos escribían a sus deudos.

IV

Son, pues, las cartas de INCÓGNITO las que me proporcionan los datos necesarios para la confeccion de la siguiente historia.

V

Era la noche de Pascua del año de 1865.

Una señora elegantemente vestida atravesaba nuestra hermosa Alameda, en el momento que una muchacha del pueblo lloraba sin consuelo.

Aquel *colmo*, representado por la tristeza de una persona en medio de una jeneral alegría, debió preocupar a la señora, porque se detuvo a preguntar con voz cariñosa a la muchacha:

—¿Por qué lloras, hija mia?

—¡Ai, señorita!... Cómo no he de llorar, si soi tan desgraciada...

—¿Qué te pasa, pobre niña?

—He sido durante dos años criada en casa de don Patrio... i acabo de ser despedida por la señora.

—¿Pero la señora habrá tenido sus motivos para deshacerse de tí?

—Nó, señorita.

—Yo no me atrevo a creer...

—Fué nada mas que porque vió al patron dentro de mi pieza.

—¡Vaya!...No fué por poca cosa.

—Se habia entrado el caballero sin mi consentimiento.

—¿I allí lo sorprendió la señora?

—Estábamos solos. Yo le pedia por Dios que saliera.....

—Cuando la patrona, como la sombra de Banco, se presentó i ardió Troya, ¿no es así?

—No ardió nada, señorita. Sino que el caballero, por su porfia, puso furiosa a la señora, quien se desquitó conmigo arrojándome a la calle, depues de haberme zurrado a su satisfaccion.

—¿I qué piensas hacer ahora?

—No sé lo que haré, señorita. Soi del campo i, fuera de mis patrones, no conozco a nadie en Santiago.

—¡Infeliz!

—Sí, señorita, soi mui infeliz.

Dichas estas palabras, la muchacha tornó a llorar.

—Vamos, dijo la señora, acercándose a la ex-criada, tranquilizate, que en mí has encontrado una protectora que, si lo mereces, no te abandonará.

—Gracias, señorita.

—Sígueme, que pronto nos iremos a casa.

VI

Media hora despues la puerta de una antigua casa de la calle del Cármen se abria para dejar libre la entrada a dos mujeres, una de las cuales avanzó en direccion de una pieza en que habia luz, i, ocupando indolentemente una silla, dijo a la otra, que la habia seguido hasta allí:

—¿Cómo te llamas?

—Isabel, señorita.

—¡Isabel!... Simpático nombre tienes. A mí me llaman *Libertina*, i estoi contenta con este nombre que, aun cuando no

cuadra a mi modo de ser, tranquilo i sério, me agrada sobremanera en mérito de quien me bautizó con él.

—Libertina, es mui bonito nombre, señorita.

—Ahora, díme: ¿quieres quedarte conmigo?

—Con todo gusto, señorita.

—Yo no soi rica, como los patrones que acabas de perder.

—Mejor así, señorita: porque los pobres son buenos, al revés de los ricos, que siempre son malos.

—¿Tienes padres?

—Nó, señorita; tengo solamente una tia.

—¿A quien, sin duda, quieres como a tu madre?

—Nó, señorita; no puedo querer a mi tia, porque ha sido cruel conmigo.

—¿De manera que no tienes quién se interese por tí?

—Únicamente Dios i la Vírjen, señorita.

—Perfectamente, Isabel. Me pareces una excelente muchacha i ya principio a tenerte cariño.

—I yo a corresponderle a su merced, queriéndola como si la conociera mucho tiempo.

—Entónces, trato hecho. Tú serás mi fiel criada i yo tu bondadosa patrona. ¿Qué te parece?

—Me parece bien, señorita.

VII

Sin gran trabajo consiguió Libertina de Isabel la revelacion de los secretos de la casa del caballero don Patricio.....

Al decir de la muchacha, este señor era jóven i bueno. -Su esposa, jóven i bella, solo tenia un defecto: el ser excesivamente celosa. Así, en este matrimonio, donde abundaba la riqueza, se veía a cada paso que la intranquilidad i el disgusto prevalecian sobre todo.

Libertina habia escuchado con interes a la que ya estimaba como su criada de confianza.

Cuando Isabel puso fin a sus revelaciones, ella se apresuró a preguntarla:

—¿Pero la señora tendrá sus razones para celar a su marido?

—En cuanto a eso... La patrona manifiesta a quien quiere oirla que don Patricio es un *Tenorio*.

—Así lo entiendo yo también. ¡La prueba la encuentro en la escena en que tú representaste papel bien principal.

—Esa era la primera vez que el patrón se permitía abusar de mi triste condición.

—En mi casa, Isabel, no estarás espuesta a semejantes abusos. Porque... Ante todo, ¿sabes guardar un secreto?

—Lo que se me dice, señorita, no lo comunico a nadie.

—¡Si te obligaran, con promesas o amenazas, a que confesaras secretos que me perjudicaran a mí, ¿qué harías?

—Moriría antes que decir una palabra...

—Así me llenas el gusto, Isabel.

—Su merced puede someterme a prueba.

—No hai necesidad. Me inspiras confianza, ¡esto basta.

—En mí tendrá la señorita una criada sumisa ¡y reservada.

VIII

Llegó la noche ¡y Libertina no durmió. Había concebido una idea, idea que debía traducir en un negocio de provecho para ella ¡y, naturalmente, se distrajo en la combinación de un plan que habría de facilitarle su realización.

IX

Al oscurecer del día siguiente, Libertina, ocultando su hermosa cabeza en un riquísimo manto, con la majestad de una reina, atravesaba la Alameda frente a la casa de don Patricio...

El caballero, en aquel instante, salía a la calle fumando un cigarrillo.

Libertina avanzaba, aparentando una indiferencia que no sentía.

Por su parte, don Patricio, que había fijado sus ojos en la jóven ¡y que, estupefacto, contemplaba su linda cara, solo esperaba que ella acertara la distancia que aun los separaba, para intentar su conquista con el auxilio de las frases galantes que, para tales casos, guardaba en su erótico repertorio.

Entre tanto, Libertina ponía un pié en la vereda, a dos pasos del punto en que él se encontraba.

Entónces don Patricio, que creía pisar sobre áscuas, no fué dueño de contenerse, i emocionado dijo:

— ¡Señorita! ¿Me permite usted acompañarla?

Libertina no contestó.

Pero él, sin tomar en cuenta su silencio, se echó en su seguimiento, resuelto a intentar cualquier pretexto para entenderse con ella, ya que, como una vision encantadora, se le presentaba en circunstancias en que le era imposible rechazar la mas nimia tentacion.

Al cabo de recorrer una cuadra, uno en pos del otro, Libertina dejó caer su pañuelo, el cual don Patricio se apresuró a recoger, al propio tiempo que decía:

— ¡Señorita! ¡Señorita!

— ¿Es a mí a quien se dirige usted? preguntó la jóven deteniéndose.

— Su pañuelo, señorita... Aquí lo tiene usted, contestó don Patricio.

— Señor... doi a usted las gracias.

— Todavía una palabra, señorita. ¿Se digna usted oirme?

— Con mucho gusto, señor.

— Si no me equivoco... pienso que ámbos seguimos el mismo camino...

— Yo voi a la calle del Nogal.

— Precisamente, a esa calle voi yo tambien.

— ¿A la calle del Nogal?

— Sí, señorita. I, como ya es tarde, en prevision de cualquier emergencia desagradable, convendria que fuéramos juntos.

— ¿Acaso existen malhechores en el camino?

— Es posible, señorita. En ese barrio abundan los hijos de Caco.

— ¡Señor!... usted me hace tener miedo, i estoí resuelta a no ir adelante.

— Yendo usted conmigo...

— Aun así. Pues ¿qué haria usted si los ladrones nos dieran una sorpresa?

— La defenderia a usted i me defenderia a mí mismo. Esto es lójico.

— De todos modos: siempre nos espondríamos.

—No tema usted, señorita.

—Me regreso a casa, señor. No quiero, por otra parte, ser causa de una molestia o de una desgracia quizás, para un caballero tan amable, como usted se me manifiesta.

—Por amor de Dios, señorita, ¿en tan poco estima usted la buena voluntad de un hombre, como su servidor?

—Perdóneme, señor. Yo no he querido ofender a usted. I tanto es así que, atendida la circunstancia de haber anochecido, voi a tomarme la libertad de suplicar a usted se digne acompañarme hasta el Cármen Alto, que, desde allí, ya no tendré miedo a los ladrones.

—¡Señorita! Con el mayor placer serviré a usted de escolta hasta su propia casa.

X

—Agradezco a usted, señorita, su jenerosidad para aceptar mi pobre compañía.

—Es a mí, señor, a quien incumbe espresar agradecimiento en este caso.

—Yo me siento mui favorecido, señorita.

—¿Quiere usted que apuremos el paso?

—¿Se siente usted mal, señorita?

—Nó, señor... Es que... como soi soltera...

—Comprendo: experimenta usted temores, por lo que pudiera molestarsse la mamá. ¿Eh?

—Yo no tengo madre, señor.

—¿Vive usted al lado de algun pariente?

—Vivo con una anciana amiga.

—¡Ah!

—I como soi pobre, ... no es prudente que comprometa mi dignidad al punto de que alguién, por verme con un caballero, pueda creerme una muchacha de dudosa... procedencia.

—Encuentro mui justas sus observaciones, señorita. Por eso, como hombre que sabe estimar a las personas en lo que valen, me apresuro a ponerme a sus órdenes, rogándola se sirva aceptarme como un protector.

—Le agradezco, señor, su ofrecimiento. Pero él es tan prematuro que, francamente, no me es posible aceptarlo. Llegaremos a mi casa en pocos minutos mas, i...

—¿Sin miramiento alguno seré despedido?

—Algo de eso habrá de suceder, naturalmente; pero antes tendré el honor de manifestar a usted mi reconocimiento por su amabilidad en acompañarme.

—Señorita: la casualidad nos ha reunido para que nos conociéramos, i yo debo aprovechar tan feliz circunstancia para declararla que me tendré por mui dichoso si, desde hoi, me da usted el título de amigo.

XI

En su casa, Libertina, teniendo a su lado a don Patricio... supo emplear todos los recursos de su intelijencia para hacerse agradable a los ojos del caballero, en quien contemplaba ya un enamorado rendido a discrecion.

Don Patricio, en tanto, se sentia gratamente complacido. En su vida de Tenorio no recordaba que mujer alguna, como aquella que cautivaba su corazon tan de repente, se hubiera presentado en su camino. De ahí por que, impuesto de la condicion de la jóven, humilde bajo todos conceptos, pensó que no debia perder su tiempo en una falsa palabreria, i ex-abrupto dijo:

—En la calle hice saber a usted, señorita, que en mí tendria un protector. Pues bien, ahora que comprendo su situacion precaria i que reconozco sus méritos personales, vengo en ofrecérmele como su amante mas sumiso, que pone a su disposicion cuanto sea necesario para improvisarla un palacio, digno, por cierto, de ser habitado por una beldad como usted.

—¡Qué ha dicho usted, señor!

—Perdone mi franqueza, señorita. Pero no retiro una palabra de las que acabo de pronunciar.

Libertina guardó silencio.

Don Patricio continuó:

—Repito a usted que me perdone el haber traspasado los límites de la conveniencia, al espresarme con tan ruda franqueza. Sin embargo, créame usted que sabré hacer cumplido honor a mis palabras, cualesquiera que sean su alcance i consecuencias.

—Soi soltera i huérfana, señor. Por esta razon confieso a

usted que su inesperado ofrecimiento me ha hecho daño. I, por lo mismo que soi soltera i huérfana, solo me corresponde en este caso disculpar su libertad para conmigo.

—¡Señorita!...

—I, para poner término a esta comprometente entrevista, me permito suplicar a usted me conceda un plazo de tres dias, para meditar la respuesta que, de conformidad con mi conveniencia, debo dar a su proposicion.

—¡Mi excelente amigal Volveré dentro de tres dias a recibir la grata nueva de nuestra suprema felicidad.

XII

—¿Es usted la señora esposa de don Patricio?...

—Yo soi ¿qué se le ofrece a usted?

—Deseo hablar con usted a solas sobre un asunto que ha de interesarla demasiado.

—Pase usted adelante; siéntese usted.

—Me he tomado la libertad de venir a su casa para referir a usted, señora, una historia bien singular, en la creencia de que se me agradecerá el paso que doi.

—Principie usted.

—Yo, señora, como usted ve, soi jóven. Pero soi jóven honrada, que vivo de lo que mi intelijencia i mi trabajo me proporcionan. Ayer tarde tuve necesidad de salir de casa i, cuando marchaba por la Alameda, me ví acompañada de un jóven caballero.

—¡Mi marido, talvez!

—En efecto, señora, aquel caballero era el esposo de usted.

—¡Qué pícaro! ¡Si no pierde la costumbrel... Pero usted, que asegura ser honrada, ¿cómo consintió.. ?

—Suplico a usted, señora, no anticipe suposiciones que me ofenden.

—Calle usted, que yo no estoi dispuesta a tolerar las infidelidades de mi marido.

—Si la señora no me permite continuar... me iré como he venido.

—¡Cómo quiere usted que yo me conforme con la conducta ue observa Patricio!

—Pero usted debe oirme, señora. I, si despues se siente con fuerzas bastantes para proceder segun mis indicaciones, es mui posible que obtengamos la correccion de su esposo.

—Hable usted, pues, i disculpe mis arrebatos; que yo procuraré armarme de paciencia para escucharla.

—Como decia, señora, su marido se presentó en mi camino i, para ser breve, agregaré que me solicitó haciéndome promesas tentadoras.

—¿I usted?

—Le dije que le contestaria.

—¡Jesus!... ¡Si no sé cómo me contengo!

—¡Vaya, señora!... Será preciso que me retire entónces.

—Nó, por Dios! Continúe usted.

—Es para dar la respuesta ofrecida que usted me ve aquí. Yo, señora, que sufro únicamente por mi pobreza, no quiero que nadie sufra por mi causa. Ahora, dígame usted: ¿obro mal denunciando las pretensiones de su esposo?

—Nó, buena niña: usted se conduce como una mujer honrada i digna. Pero, ¿qué podemos hacer para librarla de las acechanzas de un hombre audaz, como Patricio?

—Se puede hacer mucho de provecho, señora, si usted se aviene a secundarme en un proyecto que he preparado para escarmentar al seductor.

—Cuente usted conmigo, que la ayudaré hasta donde lo permita mi dignidad.

—Está bien, señora. En tres dias mas irá don Patricio a mi casa.

—¡Qué está usted diciendo!

—Tenga paciencia, señora, que en esta vez su esposo no hará nada que no guarde conformidad con los deseos de usted.

—No adivino lo que usted pretende.

—Es bien sencillo. Antes que su marido llegue a mi casa, usted se encontrará en ella. Don Patricio será bien recibido por mí, i, prévio compromiso de permanecer sin luz donde quiera que vayamos, saldré con él.

—¡Oh!... No prosiga usted: porque yo no consentiré que usted se mueva un paso con Patricio.

—Pero, señora... si será usted quien irá con su esposo en lugar mio.

—¡Ah!...

—Saldrá usted del brazo con su marido, i, cuidando de ser

reservada i misteriosa, el mayor tiempo posible ¿no cree usted que reportará algun beneficio de tan peregrina aventura?

—Me tiene a sus órdenes, buena niña. I si las cosas se suceden segun nuestros deseos, no dude usted que sabré corresponder espléndidamente el servicio que me presta.

—¿Queda, pues, convenido en que usted irá a mi casa precediendo a su esposo?

—Ciertamente que sí.

XIII

—¿Quién es? preguntó Libertina.

—¿He llegado oportunamente? interrogó a su vez la esposa de don Patricio, entrando en casa de aquélla.

—Aun falta media hora para que venga el caballero.

—¡A qué extremos me conduce este hombre!

—Valor i confianza, señora. Que de ésta saldrá rejenerado su marido.

—¿Dónde espero yo?

—En mi alcoba.

—¡Hágase la voluntad de Dios!

—¿I cómo salió usted de su casa?

—Ayer advertí a Patricio que hoi i mañana me quedaria en casa de mi madre.

—Disponemos, entónces, del tiempo mas que suficiente para llevar a feliz término esta que llamaré *redentora empresa*.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Yo, a recibir a su amable esposo, i usted, a obrar en vista de la conversacion que habré de sostener con él en la pieza contigua a mi alcoba.

XIV

Un momento despues, don Patricio estrechaba la mano de la que miraba como su futura amante.

—¿Por qué me recibe usted a oscuras, mi simpática amiga? preguntó un tanto admirado el caballero.

—Soy soltera, señor, i conviene que nadie tenga conocimiento de su presencia en mi humilde casa.

—Perfectamente, me someto a cuanto usted ordene.

—Gracias, señor. I, a propósito, si he de ser franca con usted, debo anticiparle que en esta casa apenas si podremos permanecer breves instantes. Es posible que la señora con quien vivo llegue de un momento a otro.....

—Nos iremos donde nadie pueda molestarnos; esto es todo.

—Pero.....¿a dónde nos iremos?

—Se me ocurre una idea. Nos iremos a mi casa, que está esperándonos. Mi mujer...—porque tengo la desgracia de ser casado— ha salido i no volverá en dos días, a lo ménos. De consiguiente en ninguna parte nos hallaremos mas a nuestra satisfaccion que en terreno conocido.

—Acepto, señor.

—Celebro mucho que así, sin esfuerzo ni miramiento alguno, nos entendamos.

—Iremos a su casa, señor; pero con una condicion.

—Veamos esa condicion.

—Es de bien poca entidad, porque ella tiende únicamente a favorecer a una pobre muchacha, como soy yo.

—Espíquese, mi adorable amiga.

—La condicion que, para seguirlo..... nada ménos que a su propia casa, me tomo la libertad de imponer a usted, es la de que allá, como aquí, permanezcamos sin luz.

—En casa esa precaucion no tiene objeto. Con todo, estaremos como usted quiera.

—Juzgo conveniente tomar esta medida, por aquello de que *de noche todos los gatos se parecen*. ¿No cree usted, señor, que así procedo cuerdamente?

—¡Cómo nó!.....Pero no perdamos tiempo.

—No perdamos tiempo, pues. Voy a ponerme el manto.

—Mi coche está listo.

—Tanto mejor.

XV

Libertina penetró en su alcoba, para decir al oído a la señora de don Patricio:

—Ya sabe usted cómo debe conducirse. Ahora vaya Ud. i buen viaje.

La señora, totalmente cubierta con su manto, pasó de la alcoba de Libertina a la pieza en que aguardaba don Patricio, a quien dijo en voz baja:

—Ya estoi.....A la hora que usted guste.

XVI

Quince dias habian trascurrido cuando Libertina recibió de manos de un desconocido un paquete i una carta. El paquete contenia cien cóndores; la carta decia así:

«Intelijente jóven:

Llego del campo, donde he permanecido quince dias, en plena luna de miel, con mi excelente marido.

Voi a referir a usted cómo se pasaron las cosas desde el momento en que dejamos su casa.

En la mia, despues de bajar del carruaje con todo el misterio propio de las circunstancias, sin provocar ruido avanzamos hasta mi dormitorio.

¡Qué gracioso!

Yo no respiraba, aunque sentia que mi corazon latía con violencia inusitada. ¡I cómo nó! Si casi llegué a creer que el paso que daba revestia la gravedad de algo mui sério.

Confieso a usted que, en tal situacion, con gusto recordé mis mejores tiempos.

¿I mi esposo? ¡Qué hombre, qué hombre! Estaba en sus trece. Yo no sé de dónde sacaba tanta palabra cariñosa para deslizarla en mi oído

Pero, lo mas curioso de tan divertida comedia, tuvo lugar al despuntar la aurora del nuevo dia.

Patricio no habia dormido una pestañada. I yo ¿por ventura podia dormir estando él despierto?

Asi fué que la luz matinal hubo de sorprendernos, precisamente cuando, como dos artistas en el escenario de un teatro, él se esforzaba por representar a la maravilla su papel de amante afortunado, i yo, por no reventar de risa.

De repente, cansada de tanto finjimiento, o, mejor dicho, de mantenerme en un disimulo que comenzaba a desagradar-

me, dí la espalda a mi marido, i dije desfigurando cuanto pude la voz:

—¡Caramba! ¿Qué vamos a hacer ahora?

I Patricio contestó:

—No te dé cuidado, mi preciosa. Aquí nos quedaremos todo el día. Aquí traeré yo mismo cuanto sea necesario para no molestarnos.

—¿I si se le ocurre venir a su señora?

—¡Qué ha de venir! Si cuando ella sale de casa, cuesta trabajo para que vuelva.

—Sin embargo.....¿Si nos sorprendiera?

—¡Qué diantrel! Yo seria el pato de la boda.

—¿I yó?

—Tú saldrias como viniste, limpia de culpa i pena. Porque, ántes mi mujer pasaria sobre mi cadáver que llegar a ofenderte.

—No me parece que escaparia tan fácilmente de sus manos.

—Cuando yo lo aseguro.....

—Me han dicho que su señora es guapa i arrebatada...

—No hai tal. La pobrecilla tiembla en mi presencia.

—¿De manera que podemos estar tranquilos?

—Indudablemente.

—Nó, don Patricio. Yo principio a sentir miedo.

—Prescinde de todo temor, hermosa mia. Mira: sepamos gozar los cortos instantes que aun debemos pasar juntos; que, en cuanto a mi mujer... dejémosla que se chupe un dedo.

Hasta aquí todo habia salido a pedir de boca de mi buen marido. Pero, al oirlo espresarse respecto de mí con tanto descomedimiento, no supe contenerme; dí un brinco en el lecho, i, encarándome con él, con rabia le grité:

—¡Miserable!

I ocurrió, entónces, que el castillo de naipes, sostenido simplemente por las ilusiones de mi esposo, rodó por tierra con estrépito.

Sorprendido Patricio hasta la médula de los huesos, mientras yo prorrumpia en estridente carcajada, él saltó de la cama, i, no hallando nada mas a propósito que decir en su defensa, murmuró avergonzado:

—¡Tontal...¿Qué has hecho conmigo?»

XVII

Libertina, con la sonrisa en los lábios, revolvía en sus manos los brillantes escudos que su inteligencia, sin compromiso de ninguna especie, le había proporcionado, cuando se abrió una puerta i la imponente figura de un hombre gigantesco apareció en su dintel.

La jóven se precipitó a su encuentro.

—¡Leon mio! exclamó! por fin te acordaste de mí!

—Nunca te he olvidado, mi *Libertina*.

—¡Ingrato!

—¿Dudas de mi cariño?

—Nó, Leon: me considero siempre amada por tí. Pero, como tú fuiste quien sustituyó mi nombre por un apodo, siento temores cuando pienso que puedes creer a esta tu Bertina, una verdadera *libertina*.

—Cállate, loquilla. Yo no pienso ni pensaré mal de tí.

—¿Por qué, pues, te demoras en verme?

—Por mis *negocios*, nada mas.

—¡Todavía en tu vida nómada, Leon!

—Ahora llego de la Argentina.

—I llegas oportunamente, porque en casa te aguarda la tranquilidad.

—¡La tranquilidad! ¡Ai, Bertina!... La tranquilidad no se ha hecho para mi, porque mi tenaz perseguidora, La Justicia, es un Argos que donde quiera me mira con sus cien ojos.

—¡Cuán desgraciados somos, Leon!

—Pero tú, niña, te llamas desgraciada i, por lo que veo, no lo eres tanto, desde que posees oro en abundancia.

—¡Ah, sí!... Son mil pesos que me he ganado honradamente.

—Bendita seas tú, Bertina, que así te ganas la vida.

—Digo la verdad.

—Yo creo en tu palabra

—Como llegas a tiempo....almorzaremos juntos. En seguida te referiré las incidencias del *negocio* que me ha reportado este oro. Entre tanto, dime ¿qué has hecho en el tiempo que no te veo?

—Voi a complacerte. Escucha. Cuando nos separamos, tú

debes recordarlo, yo iba sin una moneda en el bolsillo i, por añadidura, perseguido por una mala jugada de los niños con quienes *trabajaba en sociedad*. Luego, por conversacion que tuve con un amigo aconcagüino, supe que un hacendado de Santiago debia trasladarse a Mendoza en busca de animales para sus fundos. Me hice presentar al caballero, a quien previne desde luego que era un antiguo importador de ganado argentino i que pronto debia emprender un viaje a la otra banda. Como yo lo esperaba, mi hombre tragó el anzuelo, i en una hermosa mañana, ámbos tomábamos el camino de la Cordillera. El, como te digo, iba a comprar animales i conducia una gruesa suma en oro. Yo no tenia para qué llevar dinero, porque contaba con estancistas mendocinos que me consignaban sus ganados para venderlos en Chile.

Asi, departiendo en entretenida plática, como dos excelentes amigos, trasmontamos los Andes.

Pero una noche, cuando creí llegado el momento de realizar *mi negocio*, miéntas mi inocente compañero se reponia del cansancio propio de una larga jornada, durmiendo a pierna suelta, me apoderé de un talego que él guardaba en su maleta, ensillé apresuradamente mi caballo i.....«¡hasta el valle de Josafat,» dije, lanzándome al traves de las solitarias colinas que nos rodeaban.

Quince dias han trascurrido desde entónces.

—Poco tiempo es ese.

—O mucho, segun sea como lo tomemos.

—Te pueden seguir la pista.

—Pero creo que no me darán alcance; porque mañana nos iremos a Valparaiso i pasado mañana al Perú.

—Yo no puedo moverme, Leon.

—¡Cómo! ¿Querrias dejarme partir solo?

—Te seguiré despues, cuando dé remate a un asunto que traigo entre manos i que debe serme de provecho.

—¿No tienes bastante oro ya?

—Una parte no mas del que debo tener, mi buen amigo. La otra parte la veo venir en direccion de mi casa.

XVIII

Libertina llegó a la pila que por entónces existia en la Pla

za de Armas i en una de las piedras que la circundaban trazó una cruz blanca.

—Es indispensable que cuanto ántes quede despachada, dijo. El domingo iré a la Pampa, donde encontraré a mi don Patricio i, quiera que no quiera, lo atraeré, como el iman atrae al acero.

XIX

—¿Qué deseas de mí, Libertina?

—¿Viste la señal?

—Anoche ví la cruz i aquí me tienes.

—Leon está en Santiago.

—¡Mi hermano!

—Sí, Segundo. Pero mañana estará en Valparaiso de paso para el norte.

—De fijo que *anda en la mala*.

—Yò creo que lo *rastrean* de la Argentina.

—¿Acertaria el golpe?

—Supongo que sí. El dijo que era dueño de un talego de oro.

—I tú, mi querida *cuñada* ¿qué necesitas?

—Quiero ir al Campo de Marte el domingo próximo.

—¿En carruaje?

—Nó, a caballo i contigo.

—¿A qué hora vengo por tí?

—A las dos de la tarde.

XX

La Pampa, llamada tambien Campo de Marte veinte años atras, se hallaba invadida por numerosa concurrencia, que, ora contemplaba las marchas i contramarchas de los apuestos *clvicos*, ora se agrupaba en torno de las *fondas*, por doquiera improvisadas.

Mil carruajes rodaban en todas direcciones, siendo diez veces mayor el número de jinetes, que lucian sus hermosos caballos, lanzándolos acá i allá, por entre la jente de a pié, la cual

a su vez, como las olas de un mar embravecido, se ajitaba en confuso movimiento.

Pero, no seguiré en la descripción de lo que era una fiesta dominguera en el Campo de Marte en la época en que tienen lugar los sucesos que recuerdo, i me detendré en presencia de un centenar de jinetes, que entusiasmado aplaudía a una jóven amazona que, sobre un caballo blanco como la nieve, despues de rápida carrera, saltaba impávida la ancha zanja que rodeaba la estensa Pampa.

Aquella mujer, que a su peregrina belleza reunía la audacia de un *jockey* consumado, comenzaba también a llamar la atención de los paseantes en carruaje.

Así, entre otros muchos, se acercó al punto en que tenía lugar tan extraordinaria manifestación de destreza hípica, un carruaje en que venían un caballero i una señora.

— ¡Caracoles! exclamó el caballero, apenas se impuso de lo que allí ocurría.

— ¡Qué mujer tan intrépida! prorrumpió la señora.

— Pero..... ¡calla!..... ¡si es ella!

— ¿Quién es ella?

— Ella..... una mujer como cualquiera otra, a quien tú no debes conocer.

— ¡Patricio!

— Vámonos, que poco o nada nos importa lo que estamos viendo.

El auriga azotó los caballos i el coche se alejó en el instante que la señora agregaba:

— Acabo de oírte un *¡es ella!* que necesito me expliques categóricamente, Patricio.

— ¡Curiosa!..... Ella es... ella, precisamente. ¿Qué más quieres saber?

— Si no satisfaces mi justa exigencia, entenderé, Patricio, que nuestras relaciones quedan rotas *ipso-facto*.

— ¡Ah, mujercita mía! Eres incorregible. ¿Se te ha metido entre ceja i ceja el deseo de saber quién es *ella*? Pues bien, si tú no lo has adivinado, te diré que ella, la amazona que con sus caprichos ecuestres divierte a tanto necio, es tu buena amiga del complot... la señorita Bertina.

— ¿Era Bertina? ¡Qué jóven tan guapa!

— ¡Qué diablilla que es.....

XXI

El sol llegaba al ocaso i los asistentes a las fiestas de la antigua Pampa comenzaban a retirarse.

Libertina, alegre i comunicativa, llevando al trote su tordillo, seguía al lado de Segundo, el hermano de Leon a quien el lector ha conocido en casa de la jóven.

A poco andar llamó su atencion un guaso, que así la dijo:

—La he buscado en todas partes, señorita, sin tener la suerte de encontrarla. I ahora que me siento feliz en su presencia, discúlpeme esta pregunta: ¿me recuerda usted?

—Nó, señor; no sé quién es usted, contestó secamente la jóven.

—¡No me conoces, pícaral! ¿No conoces ya a la inocente víctima de tu pesada broma?

—¡Don Patricio!.....¡Qué lo habia de conocer! ¡Tengo yo tan mala memoria i usted llega disfrazadol...

—¡Ab, Bertina!...Fuiste cruel conmigo: porque me hiciste objeto de una burla imperdonable.

—No diga usted eso, don Patricio. Yo no he pretendido burlarme de usted; pues, cuanto he hecho, ha sido por su bien i el de su simpática esposa.

—No mereces que te disculpe, Bertina.

—Peca usted de desagradecido, señor.

—Así lo crees tú.

—I tengo razon, don Patricio.

—Está bien.....Pero, lo que es ahora, no consentiré que desoigas a mi amor, que es tan sincero como inmenso.

—Usted tiene una linda mujer, don Patricio.

—No lo niego. Pero tú, amiga mia, vales mas que ella. Yo estoi loco por tí. Si, adorable Bertina, estoi perdidamente enamorado de tus encantos. I lo que has hecho conmigo, léjos de modificar mis propósitos, los ha acrecentado mas i mas. Sin tí, amada mia, soi hombre perdido. ¡Tén, pues, piedad de mí!

—Señor don Patricio: ¿puede ser cierto lo que usted me dice?

—Mi vida te pertenece, Bertina.

—Está usted tan emocionado, señor, que creo conveniente que nos separemos. Puede haber moros en la costa... i, ade-

mas, entiendo que para tratar un asunto tan grave como el que nos preocupa, no debemos elegir la calle pública.

— Iré a tu casa, Bertina. ¿Me recibirás como amigo?

— Esta noche lo espero. Vaya usted a las diez.

XXII

— I bien: ¿qué pretende usted de mí, señor don Patricio?

— Amarte, como debes ser amada, bella Bertina, con la sinceridad de un hombre de bien.

— ¿Para abandonarme al día siguiente?

— ¡Oh!... Puedo jurarte, amiga mia, por lo que estimo mas sagrado, que soi la encarnacion de la constancia.

— Se conoce, don Patricio. I ahí está su esposa que puede dar testimonio de la verdad de su juramento.

— Júzgame como quieras, Bertina; pero no me niegues el derecho de idolatrarte con todas mis potencias i sentidos.

— ¿Acaso me cree usted una divinidad?

— Para mí, si no lo eres, poco te falta para serlo, amiga mia.

— Don Patricio ¿sabe usted que voi sintiendo tentaciones perderme por usted?

— ¿De perderte?

— Sí, señor: de perder mi libertad, mi dignidad i cuanto puede recomendar a una mujer honrada, por transformarme, de la noche a la mañana, en la querida de un distinguido caballero, como es usted.

— Yo te haré feliz, Bertina.

— ¿Podria usted decirme cómo?

— Te formaré una mansion digna de una hada. En ella imperarás tú como una reina. Yo seré tu esclavo, siempre atento a satisfacer tus mas nimios caprichos.

— Hermoso cuadro pinta usted, señor don Patricio. Pero, ¿quiere usted que le hable con franqueza?

— Me tienes a tus órdenes, Bertina, i te escucharé con placer.

— Cuando yo resuelva dejar la humilde condicion en que vivo, o, lo que da lo mismo, cuando me resuelva a sacrificar mi libre albedrío, mi independencia, en una palabra, sometiéndome resignada a la voluntad de un señor, no sé por qué creo que habré de ser en extremo exigente.

—Pues, comienza por exigir de mí cuanto sea de tu agrado.

—Yo no consentiría que otra persona formara mi nuevo hogar: porque, en tal caso, querría pagarme de mi gusto, procediendo de conformidad con mis inclinaciones en la elección del mobiliario, etc. etc.

—Piensas cuerdamente, Bertina mía; pero te equivocas si crees que exista alguna dificultad para tu próxima ventura: porque yo dispongo del dinero mas que suficiente para que lo gastes sin tasa ni medida.

—¡Gracias, don Patricio!

—Hé aquí mi cartera. Contiene diez mil pesos, que puedes invertirlos en los preliminares de tu necesaria transformación.

XXIII

—Don Patricio se hallaba impaciente. Hablando consigo mismo, media a grandes pasos su elegante i espaciosa sala de recibo.

—Esta noche, decia frotándose las manos, será la mas hermosa de mi vida. Porque, agradecida, como supongo a Bertina, en virtud de mi generoso desprendimiento, cuando ponga en sus manos una segunda cartera con una suma igual a la que me ha asegurado su conquista, me abrirá sus brazos, al mismo tiempo que, con su voz de ángel, me llamará su *bien amado*. I... a mí ¡qué me importan veinte mil pesos! Sobre todo, si tomo en cuenta que tan pequeña suma es bien empleada, como sucede en el caso concreto que afecta a mi honorable persona. Porque, debo confesarlo, mi Bertina es una joya inapreciable.

Discurría de este modo don Patricio, cuando sintió que su esposa lo llamaba.

—Patricio... ¿dónde estás?

—Aquí *mi óslo*; pase usted, que será bien recibida, se apresuró a contestar.

—Te buscaba, Patricio.

—¿Qué desea mi amabilísima cara-mitad?

—¡Qué galante encuentro al maridito miol

—¡I cómo nó! ¿Acaso no eres tú mi consuelo i mi alegría, mi presente i mi futuro?...

—Deténgase usted, caballero, que tanto *mi, mi*, me cae mal, porque me recuerda la causa eficiente de su... usted me entiende. I si es verdad que este recuerdo me agrada hasta cierto punto, tambien suele molestarme.

—¡Me tienes tan satisfecho, mujercita mia!

—Así debe ser, cuando me has hecho anunciar que esta noche no dormirias en casa.

—Debo trasladarme al fundo de un correlijionario, donde me ocuparé de trabajos políticos, que requieren mucha reserva, amiga mia.

—¡Maldita política! ¿Hasta cuándo andarás mezclado en ella, Patricio?

—Hasta que me calce las espuelas de representante del «Soberano Pueblo», pues hijita.

—¿I qué dicen tus electores?

—Yo no me preocupo de esos señores.

—¿Entónces?...

—Es el directorio del partido quien se afana por mi candidatura.

—Pero... ¿por cuánto vos contribuiste?

—Eso no se pregunta, esposa mia.

—Proceda usted como mejor le parezca, señor cándido, quiero decir, aspirante a diputado. Eso sí que pise usted con cuidado; no sea que yo llegue a comprender que en su política andan revueltas las polleras.....

XXIV

Daban las diez en el reloj de San Francisco en el momento que don Patricio...descendia de un carruaje i golpeaba la puerta de la casa de Libertina.

—En esa casa no hai nadie, porque la viuda que la habitaba se mudó, dijo una voz.

Don Patricio se volvió en demanda de la persona que tan estraña noticia le daba.

—¡Quién es usted? preguntó.

—Una vecina que ha querido evitarle al caballero una molestia.

—¿Dice usted que la señorita Bertina ha cambiado de domicilio?

—Lea usted el papel que han colocado en la puerta.

—Es un aviso de *arriendo*, murmuró don Patricio, sintiendo helarse su sangre.

—De madrugada llegaron los carretones i la mudanza se hizo de un solo viaje.

—¿I no sabe usted, señora, cuál sea la nueva residencia de la *viuda*?

—Nó, señor.

XXV

En un salon reservado del Club de la Union, tirado sobre un sofá, se hallaba don Patricio.

A su lado se veia una mesa i sobre la mesa una copa i una botella de fino coñac.

El caballero bebia, i bebia con el deliberado propósito de embriagarse, a juzgar por el empeño que ponía en despachar el contenido de la botella.

De repente, golpeando la mesa con la copa i como si hablase con otra persona, dijo:

—Si, señor: esto es inaudito. ¡Si mi mujer lo supiera! ... ¡Ah, Bertina! ... ¡I yo que te creia un dechado de virtudes! ... ¡Pero nó, ... no te burlarás de mí impunemente, meretriz infame! Pues que, por grande que sea el mundo en que vivimos, no escaparás a mi venganza .. Con todo ... ¿qué puedo hacer para descubrir tu paradero? ... Ya caigo ... me veré con mi amigo Chacon, ante quien te denunciaré como una ladrona vulgar.

XXVI

El comandante de policia de Santiago, don Manuel Chacon, despachaba con sus ayudantes, cuando un ordenanza anunció a don Patricio...

—Adelante, señor diputado, dijo el jefe de policia.

—Todavía no lo soi, mi querido don Manuel, contestó el caballero estrechando cariñosamente la mano que Chacon le presentaba,

- Pero ya estará usted en posesion de sus poderes...
- Nó, comandante.
- Sin embargo, se ha trabajado bien, segun tengo noticias.
- Al ménos, yo no he escatimado el dinero.
- Sin plata no se hace nada, don Patricio.
- Sobre todo, tratándose de mis electores, a quienes no tengo el gusto de conocer.
- ¿Pero conocerá usted el pueblo que habrá de representar en el Congreso?
- ¿Si he de ser franco con usted, comandante, le confesaré que hasta hace poco no sabia que el tal pueblo existiera en la República.
- ¡.....! ¿a qué debo el honor de su visita, don Patricio?
- Vengo a tratar con usted un asunto reservado.
- Entonces pasemos a mi retrete.
- Usted sabe, comandante, que soi algo desprendido.
- Asi lo pregona la fama, señor don Patricio.
- Pues, bien: hace dos dias se me presentó una muchacha solicitando mi proteccion.
- ¿I usted?...
- Se la concedí amplísima. Figúrese usted que, de buenas a primeras, la entregué diez mil pesos en dinero sonante.
- ¡Caracoles con el desprendimiento!
- ¡I hoi, cuando debia recibirme en su casa, para llevar a efecto ciertos arreglos.....!
- ¿Le dió a usted con la puerta en las narices?
- ¡Nó, señor!..... Habia cambiado de domicilio.
- ¿Pero usted ya sabrá dónde vive?
- Todo lo que sé es que se ha burlado de mí robándome la suma en cuestion.
- ¿I qué quiere usted que haga yo en tan enmarañado asunto?
- Ordenar la aprehension de la culpable.
- Comenzaré por averiguar su paradero i veremos si logramos atraparla.
- Tome usted empeño, comandante, por satisfacer a la vindicta pública, ofendida tan atrozmente con el hecho que le denuncio, i cuente con mi eterno reconocimiento.

XXVII

—Capitan Puelma: se nos presenta la ocasion de prestar un servicio a una persona de campanillas, i deseo que usted represente a la policia en este caso.

—Es oi a sus ordenes, comandante.

—Debemos apoderarnos de una mujer que, ayer no mas, se ha escapado de no sé qué parte, llevándose diez mil pesos contra la voluntad de su dueño.

—Necesito el retrato de esa mujer, comandante.

—No lo tengo. Pero se lo hará a usted el interesado. Permítame usted. ¡Señor don Patricio!..... Tenga usted la bondad de pasar a mi escritorio.

Don Patricio salió del retrete i el jefe de policia se apresuró a decirle:

—Presento a usted, señor, al capitan Puelma, oficial distinguido del cuerpo de mi mando, que calza los mas altos puntos entre sus compañeros, en cuanto a intelijencia i conocimientos profesionales. Con él puede entenderse usted, i no dude que sabrá dejarlo plenamente satisfecho.

—¿Desea saber algo mas sobre..... mi asunto, el señor Puelma? interrogó don Patricio.

—Sí, señor, contestó el oficial. Quisiera que usted me diera datos precisos i concordantes respecto de la persona cuya aprehension me corresponde ordenar.

—Con mucho gusto, señor Puelma. Ella..... la muchacha que me ha robado diez mil pesos, es..... una mujer de veinte años; mas bien alta que baja; de color moreno, un si es no es romántico; de negra i abundante cabellera; ojos grandes i expresivos; nariz recta; boca chica, que encierra dos sartas de finisimas perlas, a guisa de dientes; talle flexible, superabundantemente hermozeado por la turjencia de un seno majestuoso. En resúmen, señor Puelma, ella, la mujer que persigo con inusitado afan, reúne en sí todas las cualidades de la *Tentacion* i es, a no dudarle, la ladrona mas simpática que puede usted imaginarse.

XXVIII

Contento regresaba a su casa don Patricio, halagado con la esperanza de que el capitán Puelina pronto le comunicaría la captura de Libertina, cuando de manos a boca, al doblar una calle, se encontró con Isabel, la joven criada cuya pérdida lamentaba aun.

—¡Isabelita! la dijo ¿cómo es que te veo, así sola, callejeando?

—Usted tiene toda la culpa de mi desgracia, pues, patron.

—Pero yo te quiero mucho, Isabelita.

—Lo mismo me repetía usted en su casa; pero, ya vió cómo me trató la señora.....

—¡Pobre Isabelita! Mira: yo he sentido como cosa propia eso que llamas tu desgracia. I, en prueba de ello, ahora mismo voy a reparar el daño que te hizo mi mujer ¿Dónde vives?

—En la calle; ya lo ve usted.

—¿Qué hiciste cuando dejaste mi casa?

—Me fuí con una señorita que la casualidad colocó en mi camino para que me favoreciera.

—¿I cómo aseguras que vives en la calle?

—Porque ya no sirvo a esa señorita. Ayer de mañana me envió al Mercado.....

—¿I?... ..

—Cuando volví, ya no la encontré en casa. Se había mudado, llevándose el mobiliario.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—No sé qué hacer, patron. Estoy desesperada.

—¿Sabes tú el nombre de tu protectora de un instante?

—Libertina, me dijo que se llamaba.

—¡Libertina!..... Tal vez se llame Bertina.

—Libertina, patron.

—¿Vivia esa señora en la calle del Carmen?

—Sí, señor.

—¡Ah!..... Vámonos a cualquiera parte, Isabelita, a consolarnos mutuamente, porque yo soy tan desgraciado como tú.

XXIX

- *Bona noche, señora.*
— *A las órdenes de usted, señor.*
— *Mi siendo el dueño del jotel.*
— *Celebro conocer a usted.*
— *¿Yusté viniendo de Santiago?*
— *De Curicó, señor.*
— *¿Yusté coricanina entónces?*
— *Sí, señor.*
— *¿E si llamando yusté?*
— *Breta....., para servir a usted.*
— *E mí a yusté, señora.*
— *Gracias, señor.*
— *Mi ofrece a yusté la casa e la persona.*
— *Tendré el mayor gusto en aceptar su ofrecimiento, señor,*
si las circunstancias me obligan a ello.
— *Agora mismo la señora pode toma el té cumigo,*
— *Gracias, señor.*
— *Porque..... la señora..... me gostando mocho.*
— *¡Señor!*
— *¿La señora se viniendo a Valpriso?*
— *De paso para Valdivia, donde me aguarda un hermano.*
Hace seis meses que enviudé i, como quedé sin familia, busco
el amparo de los míos.
— *¡Viuta la señora e sin chequetitos!*
— *Sí, señor.*
— *Mi tambien inviudando hace un año.*
— *Padecemos, entónces, del mismo mal.*
— *E tampoco teniendo familia.*

XXX

En la mesa del té Libertina—que, como se manifiesta, se habia trasladado a Valparaiso despues de apropiarse el dinero de don Patricio,—ocupaba el asiento de honor, el mismo que un año ántes correspondia a la extinta esposa del hijo d

la Gran Bretaña, dueño del hotel que aquélla habia elegido para su hospedaje.

XXXI

Prendado el ingles, desde el primer momento, de las relevantes dotes personales que recomendaban a Libertina, i sabiendo que era viuda como él, pensó que podria reemplazar con ventaja a la que fuera su mujer, que tanta falta hacia en la marcha de su negocio. Así, acariciando esta idea, principó por manifestarse obsequioso con la jóven, colmándola de atenciones.

—Mi primer matrimonio, se dijo, obedeció a la lei de la necesidad, porque hube de elevar a mi lavandera a la categoría de esposa. ¿Por qué hoi, que me encuentro rico, no he de aspirar a casarme con una señorita que el destino me ofrece adornada de tantas bellas cualidades?... Estoi resuelto... Romperé los imposibles i mi simpática huéspedea será mi mujer en cuanto ella lo quiera.

XXXII

—¡Qué hermosa noche! dijo Libertina recostándose indolentemente en una comfortable.

—En *Valpriso*, señora, son *mocho* bonitas las noches, observó el hostelero, ocupando un asiento al lado de la jóven.

—¿Son así siempre?

—*Yusté pode verlas*, señora.

—Yo debo partir en dos dias mas.

—Nó, señora; *yusté se quedando cumigo* en *Valpriso*.

—¡Qué ocurrencia, señor!

—Mi *amando* a *yusté*.

—¡Jel ja! ja! ¡Si acabamos de conocernos!

—*Mecor*, señora; porque *yusté sabiendo la matrimonia*.

—¿Qué quiere decirme usted, señor?

—Que *mí queriendo casa con yusté*.

—¡Pero si apénas sabe usted quien soi yo!

—Me importando poco la conocimiento de *yusté*.

—Pero a mí me importa demasiado, señor. En Chile no andamos tan de prisa cuando se trata de asuntos tan serios.

—¡Oh, señora! *Mí queriendo anda yusté dispació*. *Yusté se quedando en casa conozca pronto a mí*.

—Usted, señor, está de broma esta noche.

—Nó, nó: *mí diga* los sentimientos del corazón, señora.

XXXIII

Aquella noche Libertina sometió a dura prueba a su conciencia.

La declaracion del inglés la tenia contrariada.

Si no existiera Leon, su amante favorecido, con gusto habria dado su mano de esposa al caballero extranjero que, sin otro antecedente que su simpatía, tanto porfiaba por convertirla en una señora honorable.

El agradecimiento, que en su aventura con don Patricio... brillara por su ausencia, tratándose de su nuevo pretendiente, comenzaba a despertarse en ella, cobrando proporciones que la mortificaban.

Así, la jóven, que por reunir dinero habria sido capaz de ir hasta la perpetracion del crimen mas odioso, sentia vergüenza i hasta horror cuando comprendia que le era indispensable burlar al jeneroso inglés, con provecho o sin provecho, para lanzarse en busca del objeto de su amor.

Si a Libertina la hubiera sido dado dividirse en dos, no habria trepidado en repartirse entre Leon i el hostelero.

Pero, como estaba escrito que debia prescindir del segundo para entregarse íntegra en brazos del primero, echó un denso velo sobre su conciencia i, al abandonar el lecho, libre de todo escrúpulo, obedecía a una resolucion inquebrantable.

XXXIV

—Me ha vencido usted, señor. ¡Mujer al cabo! exclamó alborozada Libertina, saludando al hostelero.

- ¿*Yusté consintiendo en matrimonio?*
—Para cuando termine mi primer año de viudez.
—¡Señora mia! *Mi siendo* mui feliz.
—Miéntras tanto me iré a casa de mi hermano.
—¡Eso nó! *Yusté no se moviendo* de casa. *Yusté* llamándose la señora.
—Debo ir, no obstante, a Curicó. Necesito un certificado que acredite la defuncion del que fué mi marido.
Yusté está en casa. *Mi yendo* a buscar la certificacion.

XXXV

Dias despues el hostelero, prévia presentacion de Libertina a su mayordomo i servidumbre, como su futura esposa i, de consiguiente, dueña absoluta de cuanto encerraba su establecimiento, se despedia de la jóven, para emprender viaje a Curicó, dándola una prueba de su acendrado amor con la entrega de la llave de su caja.

XXXVI

El silbato de una locomotora anunció la llegada de un tren a Valparaiso i, un cuarto de hora despues, nuestro buen ingles entraba cabizbajo en el hotel, preguntando por la señora.

—Misiá Berta salió hace dos dias i aun no ha vuelto, contestó el mayordomo.

—¿Qué no *estando* en casa la señora!

—Nó, patron,

—¿*Teniendo yusté* la llave de oficina?

—La señora cerró la puerta

—*Mi queriendo* ver claro.

—Buscaré otra llave, patron.

—Sí, sí, *prontamente*.

Abierta la puerta, el ingles, al cabo de un prolijo exámen de su caja, crispando los puños, dijo con desesperacion:

—*I have been fooled! They have robbed me!*

—Patron, patron, sobre esta mesa hai una carta, observó el mayordomo.

—*Yusté la leyendo.*

—Dice así:

«Gringo querido:

«Yo no pensaba ofenderte. Tu confianza me indujo a obrar mal.

«Yo no podia aceptar tus proposiciones, porque no era viuda, ni casada, ni soltera. Pero tú porfiaste, como buen ingles, i yo, en tu ausencia, caí en la tentacion de conocer los secretos de tu caja, i me hice dueña de un rollo de billetes de banco. Pude tambien apoderarme de tus alhajas, pero no lo hice por que recordé tus bondades.

«Hoi me encuentro léjos de tí i ya no nos volveremos a ver. Pero, contando con tu perdon, sabré buscar el olvido de tu persona, pidiendo, al mismo tiempo, a Dios, te haga mui feliz.

BERTA.»

—¡Oh! exclamó el hostelero, inmediatamente que su mayordomo terminó la lectura de la carta: *¡She was a great prostitute!*

XXXVII

—¿Crees tú, Bertina, que debemos abandonar a Iquique?

—Con los diez mil pesos del aristócrata don Patricio i los siete mil de mi gringo inolvidable, podemos vivir en una paz perdurable en cualquier pueblo de Chile, mi querido Leon.

--No opino como tú, negra mia. En Iquique, al amparo de la autoridad peruana, donde nadie nos conoce, estamos bien.

—Yo tambien creo que, en cuanto a nuestra tranquilidad, no hai lugar mas apropósito que Iquique. Pero ¿quién puede soportar largo tiempo el sol tropical que nos abrasa? Ademas yo necesito ver, siquiera sea un pequeño bosque, que nos alegre con su sombra i su verdura.

—Nos iremos, pues, donde tú quieras.

—Me gustaria vivir en la Araucanía, en medio de sus selvas

vírjenes. Allí podriastú trabajar sin temor al *cuco* de la Justicia.

— I tengo amigos allí.

— ¿Buena jente?

— Los Mendoza, de quienes te he hablado en mas de una ocasion.

— Esos son unos desalmados, que andan en desacuerdo con las autoridades i que, tarde o temprano, si ántes no mueren, irán a parar a un presidio.

— ¡Son buenos muchachos!

— Yo les tengo miedo.

— ¿Por qué?

— No me lo preguntes. Soi fatalista i no quiero verte relacionado con ellos.

— ¿Entónces?.....

— Nos iremos a Valdivia.

XXXVIII

Libertina habia llegado al punto culminante de su existencia. Dueña de una pintoresca propiedad en la ciudad de Valdivia, gozaba de una paz octaviana con su idolatrado Leon.

Todo parecia sonreir para ella.

Sus relaciones de la localidad, ante las cuales se habia presentado como una hija de Colombia que llegaba en busca del restablecimiento de su salud, la ofrecian ancho campo para su bienestar.

En tal situacion vió trascurrir un año sin que una nube negra viniera a empañar el diáfano cielo de su ventura.

Empero, como nada existe perdurable en el mundo que habitamos, en el cual, es sabido, «no hai deuda que no se pague», ni «plazo que no se cumpla», tanta felicidad principiò a molestar a Libertina.

— Mira, Leon, dijo un dia a su amante, voi a darte una noticia, que no dudo será bien recibida por tí.

— Habla, Bertina, que me es grato cuanto viene de tí.

— Yo sufro de nostalgia.

— ¿Esa es la noticia?

— Sí; i el mal proviene de mi deseo de volver a mi ciudad natal.

- ¡A Santiago!
- Hace tanto tiempo que salimos de allí, que, estoy segura, ya nadie nos recuerda, ni para bien, ni para mal.
- ¡Quién sabe si te equivocas!
- Vámonos a Santiago, Leon,

XXXIX

Una mañana el capitán Puelma, en seguida de haber recorrido el estenso barrio de la Recoleta, detenía su caballo en la plazuela de este nombre. Allí, meditando sobre los deberes propios del puesto que servía, tan múltiples i complejos, pero que, a menudo, provocaban la ingratitud de los hombres a quienes mas directamente beneficiaban, se hallaba el entendido oficial, cuando llamó su atención una mujer que caminaba con cierto misterio, como si temiera ser reconocida,— circunstancia que despertó en su memoria el recuerdo de un antiguo compromiso. En efecto, el capitán Puelma, que siempre tenía presente el encargo de don Patricio..... en la desconocida, le pareció descubrir, por las señas que el caballero le diera, a la audaz aventurera que con tanta facilidad se había apropiado diez mil pesos. De modo que, siguiendo su costumbre, fijó sus ojos escudriñadores en aquella mujer que tenía el mismo porte, el mismo cabello, los mismos ojos, la misma nariz, la misma boca, el mismo color i la misma majestad en sus movimientos, que la cuyo retrato se mantenía grabado en su imaginación. I el oficial, al cabo de mil reflexiones sobre tan insólita semejanza entre la desconocida que miraba i la que él buscaba de tiempo atrás, concluyó por convencerse de que una i otra eran una misma i sola persona. Luego, con estudiada indiferencia, picó su caballo i se echó a andar en su seguimiento.

Pero la mujer, como si hubiera adivinado su intención, manifestando, a su vez, igual o mayor indiferencia, se arregló con descuido el manto que la cubría i, resueltamente, se entró en el templo de la Recolecton Franciscana, donde a la sazón se celebraba una mística ceremonia.

XL

- Por fin la encontré, señor don Patricio.
—¡La encontró usted, señor Puelma!
—La he visto, señor.
—¿Dónde vive?
—Pronto lo sabré.
—Señor Puelma, no descanse usted.....
—Estoy en campaña i con el enemigo al frente, pierda usted cuidado, señor don Patricio.
—I yo..... ¿en qué puedo ayudarlo, capitán?
—¿Usted?..... Usted debe solicitar ahora mismo del juez del crimen una orden que me autorice para todo.
—¿Algo así como una *letre de cachet*?
—Lo que usted quiera, con tal que se me den amplias facultades.....
—Voi por ella, señor Puelma.

XLI

En una casa de la antigua Avenida de la Purísima, en altas horas de la noche, cenaban seis personas: cinco hombres i una mujer.

Todos parecían estar contentos.

De pronto la mujer dijo:

—Leon pretende que salgamos de Santiago, porque tiene sus temores; pero yo no quisiera ausentarme de esta hermosa ciudad que me ha visto nacer i donde se vive a satisfacción de cada cual, porque, con un poco de intelijencia i otro poco de buena voluntad, se pueden realizar lucrativos negocios.

—¿I tu encuentro, Bertina, con la policía, representada por el capitán Puelma?

—Fué un encuentro casual, Leon, que no tiene ninguna importancia.

—Pero el oficial te miró, según me has asegurado, como a mí todo agente de policía cuando sospecha en perjuicio de la persona a quien mira. Además, ese oficial se permitió seguir tus pasos.....

— No es la primera vez que me siguen,..... mi querido Leon.

— ¡Ojalá que no fuera la última.

— Saldré con ménos frecuencia en lo sucesivo; así me evitaré peligrosos encuentros.

— Harás bien, porque el suelo que pisamos lo siento yo mo-vedizo.

— ¡Vaya, amigo mío!..... Echemos a la espalda nuestros vanos temores i bebamos una copa para retemplar nuestros espíritus, a fin de que, como comenzamos la cefa, la terminemos, en medio de una jeneral alegría.

XLII

I la cena siguió su curso, en virtud de la invitacion de Libertina, hasta el momento en que, despues de libar su copa, dijo Leon sobresaltado:

— He sentido voces en la calle.

— Yo iré a averiguar lo que ocurre, observó Libertina.

— No sé por qué creo, agregó Leon, que las tales voces nos anuncian algo grave. Así, por lo que pudiera suceder, vayan a preparar la escalera. ¿Quién sabe si tenemos que evacuar la plaza? Pero, ya viene Bertina a sacarnos de dudas.

En efecto, andando en la punta de los piés, Libertina llegaba a anunciarles que un grueso piquete de soldados de policía se hallaba estacionado frente a la puerta de calle, dispuesto, al parecer, a asaltar la casa.

— Vámonos en el acto, dijo Leon.

— Yo me quedo, repuso Libertina.

— ¿Estás loca?

— Sé lo que hago, Leon.

— Recuerda tus compromisos, Bertina.

— A mí nada se me olvida. Lárguense ustedes i no les dé cuidado por mí. Eso sí que, ántes, átenme las manos por la espalda i pongan llave a la puerta de esta habitacion.

Cumplidas las órdenes de la jóven, Leon i sus compañeros se escabulleron por el interior de la casa, para buscar la salvacion en el escalamiento de un alto muro que les cerraba el paso.

- Ahora es tiempo, pensó Libertina, echándose de bruces sobre una cama i prorrumpiendo en gritos desahogados.
- la En ese instante la puerta de calle se abría de par en par i policía, sable en mano, penetraba en la casa.
- En esta pieza se lamenta una mujer, dijo un soldado.
- Que se derribe la puerta, ordenó una voz.
- La puerta crujió estrepitosamente i se rompió en astillas.
- Venga luz, añadió la misma voz.
- Yo tengo fósforos, mi sarjento.
- Encienda usted uno i alumbre, pues.
- Ahí está.....
- ¿Quién?
- La mujer que se lamentaba.
- Afuera con ella.
- Está muerta, mi sarjento.
- ¿No gritaba hace poco?
- ¡Tiene las manos ligadas.
- Parece que respira.
- Está desmayada solamente.
- Busquen agua.....
- Aquí hai un vaso con agua.
- Ya vuelve en sí, mi sarjento.
- Déjenme interrogarla. ¡Señora!.....
- ¡Señor, señor! ¡Piedad! ¡piedad!... Soi una mujer pobre!...
- ¡No consienta, señor, que me asesinen!.....
- ¡Cállese, señora! Nosotros no somos asesinos.
- ¡Por amor de Dios, señor!
- Fíjese usted que está en presencia de la policía.
- ¡La policía!
- ¿Que no vé usted nuestro uniforme?
- Pero... no comprendo.....
- ¿Quién es usted, señora?
- Soi una mujer pobre, como usted ve, señor oficial, que tuve la desgracia de dar en manos de unos cuantos bandoleros.
- ¿Cómo llegó usted aquí?
- Conducida a viva fuerza por cuatro hombres, señor oficial.
- ¿Dónde están esos hombres?
- Aquí estaban pretendiendo ultimarme, señor oficial.
- Muchachos... ¡A esos hombres, ántes que se nos escapen!
- No me abandone, señor oficial.....
- Yo no soi oficial..... señora; pero... tranquilícese usted.

- Es que me siento morir.....
- De susto no se muere nadie, señora.
- Es un ataque..... ¡ai!... ¡ai!
- ¡Demonios! ¡Se ha desmayado nuevamente esta señora!
- ¿Le doi agua, mi sarjento?
- ¿Déle usted lo que quiera; que yo no soi doctor para recetar..... Pero pensemos en deshacernos de este estorbo.
- Ya vuelve, mi sarjento.
- ¿Señora?
- ¡Señor oficial!.....
- Ya la he dicho que no soi oficial, señora.
- Perdóneme pues, señor comandante, por no haberle dado el tratamiento que le corresponde.
- ¡Qué diantres! Esta es una pobre mujer, que no sabe lo que dice.
- ¡Perdon, señor!
- ¿Dónde vive usted?
- Cerca del puente de palo.
- ¿Quiere usted que la haga acompañar hasta su casa?
- ¿I los ladrones, señor?
- ¿Qué tiene que ver usted con los ladrones?
- ¿Puedo irme, entónces, sin cuidado?
- Se irá usted con un soldado.
- ¡Qué bueno es usted

XLIII

Seguida del soldado acompañante salió a la calle Libertina, mientras el sarjento, al frente de la tropa de su mando, se lanzaba a revolver la casa con el objeto de atrapar a los bandidos.

La jóven marchaba precipitadamente al traves de la oscuridad por el camino accidentado que recorrian.

Por fin Libertina dijo:

—Me figuro, mi buen amigo, que usted viene cansado.

—I con razon, señorita, porque, no bien cumplia mi turno, se me envió en comision a perseguir a los salteadores que se habian apoderado de usted.

—¿Por qué no se vuelve, pues, al lado de su comandante?

—No es comandante, señorita; apénas es un mísero sarjento.

—¡Yo que creía haberme quedado corta al darle este título.....

—No me estraña, señorita, que usted haya ascendido así no mas, de un golpe, como se dice, a mi sarjento, porque hace poco ví que un hombre ocurría en un equívoco que no tiene punto de comparacion con el suyo.

—¿Cómo sucedió eso?

—Yo, señorita, tengo un amigo, con quien suelo beber mi copa de cuando en cuando. El otro dia este amigo se perdió sin que a mí me fuera dado averiguar su paradero. Por fin lo encontré despues de una semana, i habiéndole preguntado qué se habia hecho en este tiempo, me contestó que no se habia movido de su casa, porque su patrona habia estado de fiestas reales con motivo de la llegada de un hermano, caballero de muchos *dictados* pues es un militar de alta graduacion en los ejércitos. I, como yo le manifestara deseos de saber quién era tan encumbrado personaje, él con toda sencillez me satisfizo, diciéndome: «Don Domingo, se llama el hermano de la señora, i no sé si es cabo o es sarjento.»

Señorita: el cabo o sarjento de mi buen amigo, era nada ménos que un viejo jeneral de la República.

—Así son las equivocaciones, dijo Libertina. Pero, ¿por qué no regresa usted?.....

—Porque podria parecerle mal a mi sarjento,

—No lo crea así usted.

—Vaya, pues, me volveré, señorita.

—Perfectamente. Buenas noches i un millon de gracias por su—gradable compañía.

El soldado jiró sobre sus talones, echándose a desandar lo andado, en tanto que la jóven, estraviando calles, se dirijia al barrio del Matadero, donde vivia una mujer que en otro tiempo fuera su lavandera.

Al cabo de una hora de no interrumpida marcha, Libertina llegó a casa de su ex-criada, llamó sijilosamente golpeando una ventara i esperó. Luego se abrió una puerta i una anciana se presentó en su dintel.

—¡Señorita Bertina! dijo. ¿Cómo es que así se me presenta a estas horas?

—Me encuentro en entredicho con Leon, mi buena Felicia

El caballero se ha vuelto celoso i, de consiguiente, tiene sus arrebatos intolerables.

—¿Ha hecho alguna barbaridad?

—Me ha faltado, Felicia.

—¡I tan bueno que parecia el caballero!

—A la vejez viruela, Felicia.

—¿I ha dejado su casa, señorita Bertina?

—Me he visto obligada a huir, porque Leon seguia furioso.

—Quédese en casa, hasta que pase la tormenta.

XLIV

Miéntras Libertina recurria a la mentira para desorientar a su ex-lavandera respecto de la verdadera causa de su llegada en horas avanzadas de la noche, el sarjento entraba al cuartel de policia i daba cuenta de su comision al capitan Puelma.

—He cumplido sus órdenes, mi capitan, le decia. Allanamos la casa en el momento en que los malhechores se escapaban escalando murallas i mas murallas.

—¿De manera que ya estaba sola la casa?

—Cuando penetré con la fuerza no habia en ella sino una mujer,—una linda muchacha a quien los bandidos habian secuestrado con torcidas intenciones.

—¿Aprehendió usted a esa mujer?

—Nó, mi capitan. La hice acompañar a su propia casa.

—¿Qué ha hecho, sarjento?

—La probrecilla se lamentaba tanto que me inspiró compasion i ni siquiera pensé que su persona podia interesar a la policia.

—¿Pero no lo envié yo en busca de unos bandidos que sabia tenian su guarida en aquella casa?

—Así fué, mi capitan. Sin embargo, yo no me creí autorizado para contar en el número de los bandidos a la señorita que encontramos con las manos atadas por la espalda, dando muestras de ser una victima de los mismos hombres que perseguíamos.

—¡Sarjento!..... ¡Vaya usted arrestado por.....veinticuatro horas!

XLV

—Si es una mujer inteligentísima, amigo Puelma. ¡Cómo diablos podía ocurrírsele al sarjento que ella era, nada ménos, que el caporal de la partida!

—Procuremos tener paciencia, señor don Patricio, que ya vendrá a nuestro poder.

—Permitame, capitán. Alguien me busca. Ya vuelvo.

Don Patricio pasó acto continuo a una habitacion contigua. Allí lo esperaba una mujer encubierta por un raído manto. Cuando se presentó el caballero, ella le dijo:

—¿Es usted don Patricio?

—Yo soi, contestó don Patricio.

—Esta carta es para su merced.

—Don Patricio rompió el sobre de la carta que se le entregaba i leyó lo siguiente:

«Señor:

«Ayerche he escapado milagrosamente de caer en manos de la policía.

«Yo no sé qué antecedente tenga la autoridad, respecto de mi humilde persona, para ordenar mi atropello..... Empero, diré a usted que si no lo sé, lo adivino. Porque en esta emergencia, desagradable para mí, anda mezclada la mala voluntad de un hombre, quiero decir de un distinguido caballero, a quien jamas ofendí, porque *lo amé* desde el instante en que lo conocí.

«En una noche, fatal para mí, señor don Patricio, quiso mi mala estrella presentarme a un amable caballero, i quiso tambien que escuchara conmovida sus declaraciones amorosas al punto de ser cautivada por su simpática persona. Pero, aquel caballero era casado i yo una muchacha honrada!

«No me fué, pues, posible, corresponder las jenerosidades del que se me anunciara como un rendido amante. Pero hice cuanto pude porque su felicidad conyugal se mantuviera incólume. I cuando, en virtud de fuerza mayor, ya no me era dado resistir al mandato de mi corazon que me impulsaba hácia él, huí desesperada, dejando mi nombre envuelto en nebulosa responsabilidad, aunque prometiéndome vindicarme ante sus ojos.

«El caballero de mi referencia, señor don Patricio, era usted.

«Dos años han trascurrido desde la época en que se verificaron los sucesos que forman el capítulo de la historia que me tomo la libertad de recordar a usted, i ya siento la necesidad de rehabilitarme. De ahí, señor, que me atreva a dirigir a usted esta bien singular interrogacion: ¿Querria usted concederme una entrevista sin testigos?

«Aguarda su respuesta su agradecida servidora,

BERTINA.»

Apénas hubo terminado la lectura de esta carta, don Patricio murmuró:

—Pretende engañarme una vez mas. Es un atado de mentiras. Veamos qué dice el capitán Pueima.

XLVI

—¿Qué tiene usted, señor don Patricio? preguntó el capitán Pueima, entrando en la sala en que se hallaba el caballero.

—La malvada se nos entrega, capitán. Lea usted esta carta. Pueima leyó la carta que le presentaba don Patricio i dijo sonriendo.

—¿I qué piensa hacer usted ahora, señor don Patricio?

—Darla una cita para esta noche ¿Qué le parece a usted?

—Excelente idea. Eso si que la policía acudirá a ella en representacion de usted.

—I a la cárcel con la estafadora ¿eh?

—Donde las dan las toman, señor don Patricio.

Don Patricio cojió una pluma i en papel timbrado con su monograma; despues de largo meditar, escribió:

«Esta noche, a las doce, en la Alameda, frente a San Diego.»

XLVII

Libertina parecia pensativa.

Habia escrito a don Patricio..... la carta que el lector cono-

ce, alentada con la esperanza de producir en él una reaccion favorable a sus intereses. Pero al ver la lacónica respuesta del caballero, sintió desfallecer su ánimo, i aun pensó que cometeria una imprudencia si acudia a la cita que se la daba.

Con todo, reflexionando sobre su situacion difícil, que nada bueno la anunciaba respecto de su porvenir, se resolvió a ver a don Patricio, ante quien se presentaria cofusa i avergonzada, por lo ocurrido entre ellos.

Por tanto, bien segura de fascinar con su sola presencia al dos veces burlado amante, esperó que llegara la hora prefijada para la cita.

XLVIII

A las doce de la noche Libertina, rebujada en su manto, se hallaba sentada en un sofá de la Alameda frente al templo de San Diego.

En aquella hora, en que los habituales parroquianos de los establecimientos de público entretenimiento comenzaban a recojerse a sus casas, no era fácil a la jóven reconocer al que suponía su siempre amartelado galan, que así la ponía en el sério compromiso de mantenerse a la intemperie, espuesta a ser objeto de las impertinencias de los beodos que, entre los transeuntes, representaban el mayor número.

Ademas, el tiempo trascurría, i ella principiaba a experimentar los síntomas del miedo.

Por fin, vió venir un hombre en direccion del punto en que se encontraba.

Libertina se preparó a recibirlo, anticipándose a preguntarle:

—¿Don Patricio?.....

—¿Es usted la señorita Bertina? dijo a su vez el que llegaba.

—Yo soi, ¿i usted?.....

—No soi el que usted necesita; pero vengo en su nombre.

—¿I él?

—No pudo venir, señorita.

—¿Qué quiere usted de mí?

—Que me siga de buen grado.

—¿A dónde debo seguir a usted?

—A la cárcel.

—¡A la cárcel!

—No se sorprenda, señorita Bertina. Yo soi el sarjento a quien usted conoció la otra noche.....

—¡Maldición!..... ¡I yo que vine en la creencia de que me entendia con un caballero!

—En cambio, se entenderá usted con la señora Justicia.

XLIX

—¿Señor secretario? Haga usted entrar a la señora Bertina.

—Está bien, su señoría.

Un momento despues, Libertina, seguida de un soldado, se presentaba al juzgado.

El juez del crimen fijó en ella su majistral mirada i dijo al secretario:

—Que venga el querellante.

Don Patricio no tardó en entrar.

—¿Es ésta, señor, la mujer a quien acusa usted?

—Sí, señor juez.

—¡A mí me acusa, el señor! balbuceó Libertina, mirando a don Patricio, a quien acababa de reconocer.

—Sí señora, agregó el juez: la acusa de haberle sustraído una suma de dinero.

—Desearia, señor juez, oír la acusacion de boca de mi acusador, dijo la jóven al parecer emocionada.

—Yo me querello en contra de esta señora, articuló don Patricio, por estafa de diez mil pesos.

—¡Me llama estafadora!.....

—Ya usted lo ha oído, señora, interrumpió el juez. Se la acusa de haber perpetrado un gran delito, que las leyes penan severamente. Puede continuar el querellante.....

—Es inútil, señor juez. Cuando *él* me acusa..... yo no debo defenderme. De consiguiente puede su señoría decretar sin mas trámite mi condena.

—Pero usted debe defenderse, señora, haciendo mérito de cuanto estime que pueda atenuar el hecho de que se la hace responsable.

—Nó, señor juez. Me resigno a sufrir la pena que se me imponga. Así contribuiré a satisfacer a mi acusador.

L

De regreso, en su casa, don Patricio, encerrado, por decirlo así, en su escritorio, hablaba consigo mismo, profundamente abatido.

—He sido un torpe, se decía, i, mas que un torpe, un insensato. ¡Me he atrevido a presentarme como acusador de la muchacha mas simpática que he conocido! ¿I por qué?... Por la miseria de diez mil pesos, que eran suyos, puesto que yo se los ofrecí incondicionalmente. ¡I la he llamado estafadora! ¡Oh!... ¿I seré la causa de su perdicion?... Nó, no la dejaré mucho tiempo en poder de la justicia, porque me veré con mi amigo el juez..... I cuando ella se vea libre, entónces me prostraré a sus plantas e imploraré su perdon... ¡Pobrecital Pobrecital!.....

LI

Incomunicada, de órden del juez, Libertina lamentaba su desgracia en un estrecho calabozo, sin tener ni siquiera una remota esperanza de salvacion que la confortara en su solitario encierro.

Así vió trascurrir el primer dia de su encarcelacion.

Pero la noche debia ser mas triste para ella, toda vez que habria de verse privada del reposo por un mortificante insomnio.

El hombre que por vez primera aloja en una prision, cualesquiera que sean su carácter, antecedentes i condicion social, experimenta necesariamente extraordinarias inquietudes que, en muchos casos, lo acompañan hasta la presencia del juez sumariante, ante el cual aparece como culpable de un crimen: cuya perpetracion talvez ignora, cuando no abaten su espíritu i quebrantan su salud.

En la mujer, como es natural, esas inquietudes cobran proporciones inconmensurables, cuando sola, sintiendo gravitar

sobre su persona el poder amenazante de las leyes, con la conciencia intranquila, se ve en el recinto de una cárcel.

De ahí por que Libertina, aterrada ante el tenebroso porvenir que la ofrecia su punible pasado, se sintiera dominada por el temor i la vergüenza.

La condena, mas o ménos larga, que divisaba en perspectiva, no la atormentaba tanto cuanto el horrible *qué dirán* de los que, en breve, habrian de contemplarla con la saya correccional.

¡Si ella pudiera morir dentro de su calabozo se tendria por feliz! Sin embargo, su valor se hallaba en razon inversa con su deseo del momento i el suicidio, que se anunciaba en su imaginacion como una prodijiosa panacea, fué rechazado por ella en forma perentoria.

Al fin, como a la media noche, en el instante que sus lágrimas i lamentos acrecentaban mas i mas, el silencio sepulcral de la prision fué interrumpido por dos pequeños golpes dados en la puerta del encierro de la jóven.

Ante aquella manifestacion de la existencia de un sér viviente en el recinto de la cárcel, que, si no era un guarda, debia interesarse por ella, puesto que de aquel modo llamaba su atencion, Libertina, picada por la curiosidad, se atrevió a preguntar:

—¿Es a mí a quien llaman?

—Sí, contestó la voz de un hombre.

—¿Quién es usted?

—El oficial de guardia, que desea servirla, señorita.

—¿Qué puede hacer usted por mí, pues?

—Talvez mas de lo que usted se figura, señorita.

—Yo soi una desventurada que llevo a la cárcel a pagar pecados ajenos.

—Algo de eso he sospechado, señorita.

—¡Sí!

—¡Sé que usted es víctima de las persecuciones de un encumbrado personaje.

—¡Ah, señor oficial! Ese personaje tenia una criada que, segun decia, le tomó sin su consentimiento cierta suma de dinero... Yo recibí en mi casa a esa criada... Este es mi delito.

—Señorita: usted dice verdad, a mi juicio.

—No tengo por qué mentir, señor. He sido una mujer honrada i honrada seré apesar de todo.

— ¡I su familia, señorita?.....

— Soi huérfana, señor. Hasta ayer vivia con una anciana, a quien amo como a una madre, trabajando para ámbas. De modo que en este mundo, tan ingrato para mí, nadie puede favorecerme.

— Ya trataremos este punto, señorita. Viene el relevo de centinelas i debo retirarme. Hasta mui luego.

— Vaya usted con Dios, señor oficial.

Media hora despues Libertina i su estraño servidor reanudaban su interrumpida conversacion.

— Aquí me tiene usted, señorita, decia el oficial, empeñado en arrancarla del poder de su terrible enemigo.

— ¡Gracias, señor!

— Yo debo volver a mi cuartel en tres dias mas; pero ántes haré cuanto pueda por alcanzar su salvacion.

— ¿Será posible?

— ¡I no me parece dificil conseguirla, señorita.

— ¿Pretende usted hablar con el juez?

— Eso seria inútil. Yo creo que usted puede fugarse.

— ¡Yo fugarme!

— Con toda facilidad.

— Soi mujer, señor, i el solo pensar en mi fuga me da miedo.

— Quizás le sucede eso porque duda de mí, ¿no es verdad?

— Nó, señor oficial. Al contrario, creo que en usted he encontrado un jeneroso i bien intencionado protector: porque su voz es la voz de un cumplido caballero,

— Usted piensa bien, señorita.

— ¿Si usted se dignara esplicarme su proyecto?.....

— Con el mayor gusto. Por el ventanillo de su calabozo recibirá usted, en un momento mas, el uniforme completo de un soldado. Mañana, a estas mismas horas, si ántes no se ha producido ningun incidente contrario a mi propósito, vendré por usted. Juntos los dos, a favor de la oscuridad, llegaremos sin inconveniente a la sala del juzgado. Una vez allí ya no tendremos mas que abrir la puerta de la calle. Ya ve usted, señorita, que no se divisan peligros que merezcan tomarse en cuenta.

— ¿I tendré yo valor para aventurarme en una empresa que, si fracasa, puede traernos la ruina de ámbos?

— Si usted desconfia de mí, señorita.....

— Ah, nó, señor oficial!

LII

En la noche siguiente, Libertina obrando de conformidad con las instrucciones que recibiera del oficial, encomendándose a los santos de su devoción, pero temblando de miedo a cada paso que daba, salía de su calabozo i siguiendo a su libertador, atravesaba patios i corredores sin llamar la atención de los centinelas.

—¡Alabado sea Dios! exclamó la jóven cuando se vió en la sala del juzgado.

—Esta es la puerta que da a la calle, dijo el oficial.

—¡Qué bueno es usted! balbuceó Libertina.

—No sé si me pierda por lo que hago, señorita; pero, puedo asegurarle que, tratándose de usted, procedería mil veces del mismo modo.

—¡Gracias! prorrumpió ella delirante, en el acto que se apoderaba de la cabeza de su salvador i estampaba en su boca un estruendoso beso.

—¿Nos veremos en otra parte? preguntó alborozado el oficial.

—¡Cómo nó! Si la deuda que esta noche contraigo con usted debe ser pagada con usura.

LIII

—I bien, amigo mio, ¿qué medidas has tomado en beneficio de mi bella acusada? preguntó don Patricio... .. al juez del crimen.

—¿Yó? ¡Já, já, já! ¡ninguna! Ella se las ha tomado todas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se ha fugado.

—¡Bertina se ha fugado!

—I de una manera tan misteriosa, que no sé qué papel le corresponda desempeñar en este caso a tu afectísimo servidor.

—Echale tierra, hombre, a este malhadado asunto.

- ¿Qué! ¿Por ventura estás arrepentido?
— Hasta la millonésima potencia.

XIV

Tres meses despues de la inesplicable desaparicion de Libertina de su encierro de la cárcel pública, en un hermoso dia primaveral, los oficiales de un rejimiento acantonado en Angol celebraban con un opíparo festin su arribo a la frontera araucana.

El lugar elejido para esta fiesta de la fraternidad era un bosque de seculares robles, que se alzaba majestuoso en las márgenes del caudaloso Malleco.

Allí debian reunirse, de coronel a subteniente, con sus *consortes* respectivas, aquellos servidores de la patria, que tantas glorias nos darian andando los años en nuestra contienda con las repúblicas del Perú i Bolivia.

El teniente E., encargado de la recepcion de los convidados, a medida que éstos iban llegando, les señalaba su colocacion, en la improvisada mesa, de conformidad con el grado i antigüedad que tuvieran en el rejimiento.

LV

— ¿Por qué no rompemos el fuego, mi teniente E?... preguntó un viejo capitan, que desde hacia media hora, enhiesto como un centinela, parecia saborear de antemano las succulentas viandas que contemplaban sus ojos.

— Porque aun no viene el teniente P... mi capitan, contestó el interpelado.

— Poco diligente se manifiesta el mocito, repuso desconsolado el capitan.

El compañero nos hará hoi la presentacion oficial de su digna esposa i es justo que mantengamos las armas en pabellones mientras él se nos reúne.

— Yo no tengo paciencia para esperar a los rezagados, mur-

muró una jamona, cuyos cincuenta años porfiaban por revelarse al traves de los mil alifares que los ocultaban.

—Usted, señora, pertenece ya al gremio de los que *fuieron*, dijo el teniente E... De ahí por que, poco o nada, puede importarla la juventud de estos tiempos.

—¡Muchas gracias, teniente E...! Es usted mui lisonjero. Pero se equivoca usted si piensa que he dejado de ser lo que siempre he sido.

—En cuanto a eso, señora, no dudo que todavía sea usted *demasiado*...

En tanto que así discutía el teniente E... i la remozada señora, se acercó a la mesa una jóven de varonil presencia, a quien los oficiales guardaban cierto acatamiento, por cuanto era la esposa del capitán de la primera compañía, cuñada del ayudante mayor, prima del abanderado del cuerpo e hija de un veterano de la independencia.

Aquella jóven se llamaba Bárbara i tenía un carácter que guardaba consonancia con su nombre.

Cuando el teniente E... se hubo callado por no romper lanzas con su interlocutora, Bárbara, pretendiendo terciar en su debate, con acerto irónico, le dijo:

—Me estraña teniente E... el desenfado con que usted sostiene que debemos postergar nuestro almuerzo, sin mas fundamento que porque a su camarada P... no le ha venido en antojos exhibirnos, con su persona, la de su... *advenediza*.

—Barbarita, usted se espresa de un modo inconveniente respecto de la esposa de un buen amigo.

—Cuando se dice la verdad, mi querido teniente, no se comete inconveniencia alguna.

—Confieso que soi miope, porque no veo las cosas como las ve usted, Barbarita.

—¿No es usted de los que aseguran que la mujer de P... tiene una cara... i es un ribeteada de falso romanticismo?

—¡Barbarita! Yo o pertenezco al número de los que así piensan.

—Talvez me equivoco respecto de usted. Pero, como quiera que sea, a mi juicio, una mujer que se atreve a codearse con una señora, siendo como es ella una desconocida... debe ser tratada sin ningú miramiento.

—¡Vaya, Barbarita! ¿Quiere usted que no continuemos discutiendo una cuestión en que nuestros pareceres se encuen-

tran en tan manifiesta discrepancia? Sobre todo que ya se acerca mi amigo P... ¿No siente usted su voz?

—El caballero viene contento seguramente, cuando canta la tonada del carretero.

—¿La sabe usted?

—Ha sido mi favorita. Oiga usted:

«Cuando subo a la carreta
«Es cosa que me divierte,
«I mas cuando voi con niñas
«No me acuerdo de la muerte.
«I si luego se me advierte,
«Por si me falta el dinero,
«Que lo lleva un compañero
«Que pronto quiere llegar,
«Al punto me echo a gritar:
«¡Pica, pica carretero!»

LVI

Hecha la presentacion de estilo, el teniente P... i su esposa ocuparon en la mesa el asiento que se les destinaba, i el banquete dió principio en medio del contento de la numerosa concurrencia.

Luego el jeneroso mosto de Cauquenes i Concepcion, superabundantemente escanciado, multiplicó el entusiasmo, al punto de que, hartos ya de comida i de bebida, los comensales despejaron la mesa para dirigirse en bulliciosa confusion a un prado cercano, en donde, a peticion de jefes i subalternos, la esposa del teniente P., pulsando con maestría una guitarra, cantó con voz dulce i melodiosa:

«I ya se lo he dicho a usted
«Que no vaya mas a casa,
«Que solo yo lo he querido
«Para darle calabazas.

«Pues que el tiempo pasó
«De quererme a mí engañar,
«Váyase usted a pasear
«I no sea boba yo.

.....
.....

«Atrácate acá negrito,
«Atrácate acá con gusto,
«Que todo cuanto te he dicho
«Ha sido por darte un susto.
«Pues que el tiempo pasó
«De quererme a mí engañar,
«Váyase usted a pasear
«I no sea boba yo.»

LVII

Bárbara no perdía de vista a la bella esposa del teniente P., la cual, por su amabilidad esquisita, era preferentemente atendida por todos los oficiales.

—Esto se hace intolerable, se dijo Bárbara, despachando de un sorbo el contenido de una copa que ella misma se había servido. Es, pues, indispensable que esta mujer, que así pretende reemplazarme en la estimación de los que se dicen mis amigos, quede anulada por mí, desde hoy para siempre.

I en cuanto hubo terminado este monólogo, que el despecho la sujería, cojió una espada que se hallaba a su alcance i, armándose con ella, con la mirada chispeante fué a provocar a la que ya estimaba como su odiosa rival.

En ese momento, advertida la esposa del teniente P., del peligro que la amenazaba, salió precipitadamente del círculo de oficiales que la rodeaba e irguiéndose ante la mujer que, sin motivo alguno, se declaraba su mortal enemiga, con acento despreciativo la dijo:

—¿Es a mí a quién busca usted?

—Sí, a tí te busco, porque quiero que ofrezcamos a estos señores un espectáculo digno del suelo que pisamos.

—¿Desciende usted, señora Bárbara, de los rebeldes araucanos?

—Nací en esta tierra, que solo Ercilla supo cantar, i por ende corre por mis venas sangre inmortal.

—Yo no ví la luz en estos legendarios lugares; pero soi chilena, señora Bárbara, i sé cómo se contesta una provocación antojadiza e injusta. Aguardo a usted.

- ¡Berta! ¡Qué vas a hacer? preguntó aterrado el teniente P.
— A dejar bien puesto tu nombre. Préstame tu espada.
— ¡Nó, por Dios! exclamaron varios oficiales.
— ¡Sí, sí! Que se batan, prorrumpió unánimemente el sexo femenino.

LVIII

Colocadas frente a frente las duelistas, teniendo en la diestra cada cual su espada, se midieron un instante con la mirada, yéndose en seguida la una para la otra.

Cruzáronse los aceros i, despues de inciertos golpes, cuando el combate, en virtud del furor insólito que dominaba a las contendientes, parecia acercarse a su fin, Bárbara soltó la espada i rodó por tierra sin conocimiento.

— Esto es grave, dijo un capitán precipitándose a socorrerla.

— ¿Está herida? interrogaron algunas señoras.

— Nó: solo tiene un pequeño razguño en el pecho, replicó el capitán.

Entónces el teniente E..., dirijiéndose a los circunstantes agregó:

— Conviene que esta malhadada ocurrencia quede ignorada por la autoridad. De consiguiente, a todos suplico guarden acerca de ella la mas profunda reserva.

LIX

Con motivo de sus frecuentes escursiones al interior de la Araucanía, el teniente P. contrajo una enfermedad mortal, durante la cual era cuidadosamente atendido por la que se llamaba su esposa.

Pero el mal se acrecentaba i los médicos que lo asistian comenzaban a tener dudas respecto de su salvacion.

Una noche, miéntras el enfermo dormia, su esposa sintió que alguién preguntaba por ella con incomprendible insistencia.

— ¿Quién me busca? dijo a una criada que acudia a su llamado.

—Un indio, señorita, que asegura ser portador de un recado para su merced.

—¿De parte de quién?

—No sé, señorita.

—¿Dónde está el indio?

—En el patio, señorita.

Libertina, seguida de la criada, salió al patio i...

—¡Leon! exclamó Libertina, manifestando estupefacción i dando un paso atrás.

—¡Sí, Leon! contestó el indio. Leon, que al fin te descubre, Bertina, para castigarte como mereces.

—¡Yo te he creído muerto, Leon!

—¿Por eso te entregaste a otro hombre?

—Me he casado, Leon.

—¡Mientes, miserable! Tú eres la manceba del oficial que favoreció tu fuga de la cárcel.

—¡Leon!...

—I, como no tengo tiempo que perder en inútiles discusiones contigo... ahí tienes el premio a que tu felonía te ha hecho acreedora.

Libertina lanzó un grito agudo i llevó su mano al hombro donde acababa de clavarse el puñal de su antiguo amante.

El asistente del teniente P... que se encontraba a la sazón cerca del lugar en que se producía aquella sangrienta escena, al escuchar el extraño lamento de su señora, corrió en su auxilio armado de su yatagan.

En aquel momento el indio huía; pero el soldado, cerrándole el paso, trabó con él una lucha encarnizada, que presto terminó con la muerte del alevoso asesino.

LX

—¡Señorita! ¿Está usted herida?

—Ya lo ves, mi buen amigo... Si tú no acudes a favorecerme, el indio me habria ultimado.

—El miserable bandido ya expió su crimen, señorita.

—¡Leon!

—Sí, era un *leon*, en verdad; pero topó con un tigre i tuvo que sucumbir.

- ¿Lo mató usted?
—Con una estocada sola.
—¡Desgraciado!

LXI

Meses despues moria el teniente P... i Libertina, inconsolable, manifestaba a sus relaciones que en la primera oportunidad se trasladaria a Talca, donde vivia su familia.

—Siento en el alma abandonar la frontera, dijo un día a los jefes i oficiales que, juntamente con espresarle sus sentimientos de condolencia por su prematura viudez, la ofrecian sus servicios, porque aquí, todo, todo me recuerda mis dias mas felices.

—En nosotros, Bertita, tiene usted buenos amigos, que se creerán mui afortunados si usted se digna disponer de cuanto poseen, la observó un comandante.

—Como que es deber nuestro reemplazar, en lo posible, al inolvidable camarada cuya existencia acaba de ser tronchada por la mano inexorable de la muerte, añadió un coronel.

—Yo, señores, estoi altamente reconocida a las bondades de ustedes; pero ¿qué puedo hacer en mi amarga soledad, léjos de los míos?

—Bertita: yo me permito ofrecerla mi casa, dijo conmovido el comandante.

—I yo, que tanto la aprecio, Bertita, me apresuro tambien a ponerme a sus órdenes, con mi casa i con cuanto ella encierra, agregó cariacontecido el coronel.

—Ya ve usted, señora Berta, que tiene donde elejir, articuló sentenciosamente un jóven mayor.

—Son todos tan buenos conmigo... que no sé cómo responderles...

LXII

—Deseo saber, señor hostelero, ¿a cuánto asciende mi cuenta el dia de hoi?

—A poca cosa, misiá Berta. ¿Qué puede deberme usted si

apénas hace mes i medio que honra mi casa con su presencia?

—No será tan poca cosa, porque usted me trata como si fuera millonaria.

—Como la persona lo merece, nada mas.

—De todos modos, es necesario que pague a usted mi alojamiento.

—Usted es dueña de obrar como le parezca, misiá Berta.

—Esta noche vendrá un amigo que traerá dinero para cancelar mi deuda.

—Por mí no se moleste, misiá Berta.

Después de este diálogo el hostelero, o mas bien el posadero—puesto que su establecimiento cuando mas consultaba las comodidades de una posada de camino real—se retiró a despachar sus quehaceres, i Libertina a escribir las siguientes esquelas en perfumado papel:

Mi querido comandante:

«Esta noche a las once lo espero...

«Tengo urjencia de pagar al posadero i, abusando de su amistad, me atrevo a solicitar de usted un préstamo de doscientos pesos.

«Su afma. servidora

BERTA».

«Mi querido coronel: •

«Esta noche a las once i media lo espero...

«Tengo urjencia de pagar al posadero i, abusando de su amistad, me atrevo a solicitar de usted un préstamo de doscientos pesos.

Su afma. servidora

BERTA».

Plegó, acto continuo, estas esquelas i las entregó a un criado para que las llevara a su destino.

En seguida, Libertina, colocando una mantilla sobre su cabeza, salió a la calle, dirijiéndose presurosa a una posta de la vecindad.

—Don Julian, dijo a un hombre que se presentó a recibirla,

necesito que usted me alquile un caballo con silla para mí, i me haga acompañar de un guía. Debo encontrarme mañana en Nacimiento, porque acabo de recibir una carta en que se me comunica que perderé una fortuna si no voi personalmente a reclamarla.

— Señorita Berta, con gusto la serviré, siendo yo mismo su acompañante.

— Gracias, don Julian.

— ¿A qué hora desea usted partir?

— A las once i media de esta noche, para llegar al amanecer al término de nuestro viaje.

— ¿Viene usted a mi casa o voi yo a su alojamiento?

— Vendré yo, don Julian.

— Está bien. La esperaré con los caballos listos.

— Una palabra, don Julian. Quisiera que nadie tuviera conocimiento de nuestra partida.

— Perfectamente, señorita Berta.

LXIII

— Comandante: pase usted, dijo Libertina, presentando al que llegaba su diminuta mano.

— Bertita aquí tiene usted la friolera que se ha dignado pedirme.

— Es un préstamo, mi querido amigo, que devolveré a usted inmediatamente que reciba un jiro que debe llegarme de Talca.

— No me hable de devolucion, Bertita: entre sastres no se pagan las hechuras.

— Yo no debo abusar del buen amigo.

— Yo sí que abusaré de la simpática amiga, para declararla, sin rodeos ni circunloquios, que por ella me siento loco de amor.

— Comandante!..... ¿Será posible?.....

— Sí, Bertita. Desde que me cupo la honra de llamarme su amigo, la confieso, he perdido mi tranquilidad. En presencia del enemigo me creí un intrépido veterano; pero ante usted, soi hombre al agua, pues no paso de ser un tímido recluta. ¿Qué significa semejante contraste?..... Es que usted me fas-

cina, Bertita, con sus encantos. ¡Oh! Si usted no corresponde con amor el amor que abraza mi corazón, no lo dude, mi dulce amiga, tendré que darle un pistoletazo.

—No hará usted tal disparate, comandante, porque yo siento también por usted algo que se parece al amor.

—¡Bertita!.....

—Digo la pura verdad, comandante. I pronto daré a usted una prueba del cariño que le profeso desde el instante en que por primera vez estreché su mano.

—¡Bertita, usted me desespera!

—Ya verá usted cuando yo vuelva.

—¡Qué!..... ¿Va a salir usted?

—Voi a ver al posadero, a fin de desorientarlo respecto de su presencia en la posada.

—¿Yo la aguardo aquí?

—Apague usted la luz i tenga paciencia, que ántes de diez minutos me tendrá a su lado.

—¡Bertita mía!

—¡Hasta la vista! dijo Libertina, dejando en la oscuridad a su enamorado comandante, para ir al encuentro del coronel, que en aquel momento entraba en la posada.

LXIV

—¡Buenas noches, señor coronel!

—¿Me parece que soi exacto, Bertita, eh?

—Como un inglés, señor coronel.

—Aquí está lo que usted necesita, amiga mía.

—Es un préstamo, que devolveré a usted en cuanto reciba una letra que debe llegarme de Santiago.

—Nó, Bertita. La pequeña suma de que soi portador, de ninguna manera significa un préstamo de su amigo. Acéptela usted como una prueba del cariño con que la distingo i así comprometerá mi gratitud.

—Señor coronel: yo no debo abusar de su amistad.

—Entónces me verá obligado a enseñarla cómo debe conducirse conmigo.

—¿De qué manera, señor coronel?

—Confesandome, sin mas auto ni traslado, su amante mas rendido. ¿Qué le parece a usted?

—No me desagrada la leccion.

—¿Qué me dice usted, Bertita?

—Lo que siento, señor coronel. Porque ¿a qué negarlo? me tendria por mui feliz si verdaderamente fuese amada por un hombre como usted.

—¡Yo la amo, Bertita!

—¡Yo creo corresponderle, señor coronel.

—¡Oh, suprema felicidad!

—Pero no permanezcamos por mas tiempo a la intemperie. Permítame usted ir a explorar el campo. Aquel es mi dormitorio; fijese bien, señor coronel. Si en dos minutos mas no he vuelto, puede usted avanzar hasta él, cuidando de no hacer ruido; que yo lo recibiré, i...tambien sabré pagar su amor... con amor.

—¡Bertina de mi vida!

LXV

Libertina dejó al coronel, llevándose, con la suma que éste acababa de poner en sus manos, la que momentos ántes habia recibido del comandante; salió en seguida a la calle por una puerta escusada i echó a correr en direccion de la casa de postas.

—¿Partimos? preguntó don Julian así que vió llegar a la jóven.

—Al instante, amigo mio.

LXVI

Miéntras Libertina i su acompañante don Julian, jinetes en briosos caballos, galopaban por el camino de Nacimiento, una escena del jénero jocoserio tenia lugar en un departamento de la posada.

Cansado de esperar el coronel, mirando en todas direcciones para prevenir un mal encuentro que pudiera comprometer su nombre, se dirigió a la habitacion en que suponía se encontraba su futura amante i, llegando a tocar su puerta, dijo con acento apénas perceptible:

—Ya vengo, pues. ¿Dónde está usted?

—Aquí, aquí, contestó una voz desde el interior de la habitación.

Un segundo despues, coronel i comandante se estrechaban en un amoroso abrazo. Pero..... al sentir que sus barbas se confundian..... los celos provocaron instantáneamente en ellos los fieros instintos de la ira, obligándolos a emprender, en medio de la oscuridad, una de mojicones i arañazos, que habria sido de funestas consecuencias para ámbos, si el posadero, atraído por los golpes que se propinaban, provisto de una luz, no acudiera a averiguar lo que ocurría.

Entónces.....

—¡Coronel! exclamó el comandante profundamente sorprendido.

—¡Comandante! prorrumpió el coronel dando un paso atrás.

—¿I élla, coronel?

—Ella, comandante!

—Ella... la señora Berta... ¿dónde está a todo esto? interrumpió contrariado el posadero.

—¡Comandante, debemos vengarnos!

—Ni por pienso, coronel.

—¿I?.....

—Mejor es que nadie sepa que hemos sido víctimas de tan ridícula jugada.

LXVII

La última carta de *Incógnito* terminaba así:

«En Santiago, Libertina, ya usted lo sabe, lo primero que hizo fué solicitar una entrevista con el preso... quien no era otro que el asistente de su amante el teniente P... que acababa de ser condenado a *prestidio* ¡oh sarcasmo! por el delito de *simple desercion*.

FIN